

# LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS,  
DIEGO CAPELLA Y PONS, JOSÉ A. DE FREITAS (HIJO) Y JUAN CARLOS CARVALHO

ADMINISTRACION  
Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. XIII

SUSCRICION ADELANTADA  
Cuatro números . . . . \$ 0.50

## LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, OCTUBRE 6 DE 1885

SUMARIO — El toque de ánimas, Fantasía, por Adriano M. Aguiar — Un Asra, (Pensamiento de Heine), por Pedro Ximenez Pozzolo — La góndola misteriosa, (Continuacion), por Pedro Ximenez Pozzolo — Así . . . , por Miguel F. Rodriguez — El poeta, por A. Castro y Barbosa — Rima, por Isaías Ximenez — A un amigo, Consejo, por Kara-Kontié — \*\*\*, por A. Castro y Barbosa — El lunar azul, por Fausto — Carta, por Manrique — Ausencias, por Zene-mix — Hielo y fuego, por Poder.

### El toque de ánimas

FANTASÍA

Yo no sé que misteriosa atraccion, que secreto instinto me impulsaron poderosos á visitar en esa hora, triste y callada, la soledad de las tumbas.

Cuando el sol se sepultaba en el ocaso y, dándonos un adios prolongado, fulguraba melancólico el crepúsculo vespertino; cuando el aura leda y triste, susurraba apénas en la lejana arboleda y el ave adormecida, callaba en su dulce cantar; y cuando, entre sombras, la noche avanzaba adusta y oscura, cubriendo con denso velo la naturaleza; entónces, con paso tardo y cansado, emprendí el camino por el escondido sendero que va á terminar en aquella morada fúnebre donde se alza el ciprés, emblema de la desventura y de la eterna tristeza.

Allí, reclinado en la lápida dura de un sepulcro, cuando la luz confusa del crepúsculo, moría y llegaba á mis oídos el lúgubre tañido del esquilon de una ermita vecina que, en golpes lentos, llamaba á la oracion: una voz misteriosa, la voz de la soledad, me dijo: medita, y medité!

Largo tiempo permanecí inmóvil, pero, saliendo de la abstraccion en que me hallaba diriji en torno mío la mirada y en aquel recinto funerario divisé sombríos y numerosos sepulcros que se destacaban vagos bajo la sombra oscura de los cipreses, esos árboles tristísimos que no se agostan jamás y en cuyo espeso ramaje se ven impresas por la mano de la desesperacion las huellas de un dolor profundo y eterno.

En torno de aquellos sepulcros, iluminados de vez en cuando por la vaga y fosforescente llama de los fuegos fátuos, una aridez monótona, horrible, reinaba por doquier; pero, en la tumba en que me apoyaba, muchas florecillas, tiernas margaritas, tan débiles que la más insignificante brisa podria arrebatarlas de su tallo, esparcian un aroma ténue y delicado, tan solitario allí como ellas mismas.

Aquel sitio parecióme el jardin de la muerte.

¿Qué genio cultiva las flores de este sepulcro, y hace que siempre florido desaparezca de él la atmósfera de impalpable hielo que reina sobre los demás?

¿Quién duerme el sueño eterno de la muerte, bajo esta pesada y blanca losa, á la sombra triste de los sauces amarillentos, únicos viejos amigos que en este sitio de solado lloran la memoria de los muertos?

¿Quién es el sér que acabó aquí la gran jornada de la vida y, tras lucha tremenda, descansa tranquilo en el sepulcro solitario, para despertar al éco emplazador de funeral trompeta en el día último del juicio?

¿Quién es? Nadie lo sabe. Pero el árbol de la soledad que inclinado sobre esta tumba, llora hasta secar sus ramas y su raíz: el ave que á la hora de la siesta baja á apagar su sed devoradora con el agua pura y cristalina con que la lluvia mansa del cielo llenó el hoyo de su piedra fune-

raria, y estas mismas flores que la embellecen y amorosas le prestan su fragancia: me dicen con ignoto lenguaje, que esta es la postrer morada del bueno, el último asilo de un justo.

Ah! lanzado el hombre á la vida, como el judío errante por la maldición de Dios, una voz poderosa, secreta, halagora, murmura á su oído con indecible imperio: anda! anda! murmuran los arroyos: anda! las selvas y el éco en el cóncavo de las cavernas repite una y mil veces: anda! Y anda; y en vano el soplo del viento de las pasiones y el escollo de los desengaños le advierten el peligro; oh! imposible es detenerse es preciso cruzar ese mar anchuroso y profundo, cuyas ondas agitadas y tumultuosas concluyen por devorarnos, hundiéndonos en el abismo insondable de la muerte.

El hombre acaba sus días; en el libro inmutable del destino contados por Dios están: pero, la muerte no puede acabar con su memoria que vive eterna en el corazón de aquellos que amó y le amaron.

Por eso en el triste aniversario de su dolorosa muerte, van á llorar sobre su tumba y á depositar un beso ardiente sobre aquella fría piedra que guarda en su morada de hielo, rodeada de misterio, los restos de un sér para ellos tan querido. Por eso, el ave que á la hora de la siesta baja á apagar su sed devoradora en el hoyo de su piedra, rauda se eleva cantando, canta y su voz resuena triste por que es un canto al dolor.

Por eso las campanas al llamar á la oración en esa hora de misterio y de silencio, tañen con éco funeral que doliente llega hasta el fondo de nuestra alma! . . . . .

Y yo? Yo estoy aquí, solo, en la persépolis de los muertos: un silencio profundo reina en torno mío, el silencio de las tumbas!

Pero no. No estoy solo en la nada de las tinieblas y sentado en un sepulcro como el bardo inconsolable en el *Mausoleo* de sus padres, el viento de la noche que blando agita la erguida copa de los árboles, trae á mi oído en sus ligeras alas un son prolongado y lejano. Sí, es el toque de ánimas!

Ah! que triste es ese son! Sabeis lo que significa? Sabeis que quiere decir ese lúgubre tañido?

Ese tañido significa un día más en los

tiempos, un paso más en el áspero sendero de la vida, un paso más hácia la tumba.

Su claro sonido, vibrando lento, nos marca la hora en que pensamos en la eternidad; la hora en que con las primeras nieblas de la noche, se alzan ante nuestros ojos los fantasmas aterradores de la duda y de lo desconocido y en la que nuestro corazón apresura sus latidos al rumor de las alas invisibles con que azota nuestra frente el ángel de la muerte.

Ese tañido es una voz profética que eternamente nos recuerda todas nuestras acciones, todas nuestras penas, todas nuestras alegrías.

Nos recuerda el hogar paterno triste y solitario y los juegos inocentes de nuestros primeros años; nos recuerda la plegaria que nos enseña á balbucear en la infancia nuestra querida madre; las lágrimas vertidas en silencio al rudo embate de la desventura; la agonía de un moribundo y, por fin, allá muy léjos, sobre el confuso horizonte del día cadente, nos muestra centelleando entre las negras nubes de lo desconocido, la estrella de nuestro destino, la estrella que nos alumbró en la cuna, la que ha de iluminar nuestro sepulcro. A su acento triste, que parece el llanto del día que muere, mil ensueños de paz y de ventura, mil recuerdos de dolor y de tristeza cruzan fugaces por nuestra mente exaltada é inquieta, vision lamentable que hace que nuestros ojos derramen una lágrima y que nuestro labio trémulo, murmure una oración!

*Adriano M. Aguiar.*

Montevideo 1885.

## Un Asra

(PENSAMIENTO DE HEINE)

Siempre al despuntar el día  
En los confines de nácar,  
Colorando con sus tintas  
Las nubes leves y blandas,

Cuando las aves saludan  
A la risueña mañana,  
Y se estremecen los bosques  
Al suspirar de las áuras;

Y cuando el cielo en la tarde  
Se viste de oro y de grana,

Y mar y tierra colora  
El sol que todo lo abrasa;

Siempre al llegar esas horas  
Tan dulces y delicadas,  
En que la mente delira,  
Y en que el alma se agiganta,

Por la marmórea escalera,  
Que presta acceso á un alcázar,  
Salía una jóven hermosa,  
Sonriente y llena de gracia.

Su belleza imponderable,  
Y sus maneras galanas,  
Tenían tal atractivo  
Que esclavizaban el alma.

Cuando á paseo salía,  
Quien á su paso se hallara,  
Rendido bajo el imperio  
De sus hechizos quedaba.

Era esta niña sonriente  
Llena de encantos y gracias,  
Hija del sultan severo,  
La reina de la comarca.

Eran sus ojos dos soles,  
Que su rostro iluminaban,  
Como ilumina los cielos  
El astro de la mañana;

Sus lábios eran más rojos  
Que la encendida geránia,  
Y al moverlos la sonrisa  
Sus ricas perlas mostraba;

Y era su cútis más blanco  
Que la alcorza delicada,  
Y envidia diera á la espuma  
Que se deshace en la playa.

Al cruzar por los jardines,  
Semejaba la fantástica  
Huri que forjan los sueños  
En las regiones del Asia,

Donde todo se colora  
Todo seduce y encanta,  
Y dá á nuestra fantasía  
Aire, luz, espacio y alas.



Cuando de tarde salía,  
O al despuntar la alborada,

Se dirigía á una fuente  
De cristalísimas aguas.

Se detenía un instante,  
Y en la linfa pura y clara  
Se complacía mirando  
Jugar los cisnes y garzas.

Despues . . . tornaba, escuchando  
La dulce música clásica  
De las tiernas avecillas  
Que entre los árboles cantan.



Siempre que á la fuente iba  
La esbelta y airosa dama,  
Encontraba en su camino  
A un mancebo de tez pálida,

Que al verla se detenía  
Y absorto la contemplaba,  
Inmóvil, como la inercia,  
Y mudo, como una estatua.

Despues, al verla alejarse,  
Con tristeza suspiraba,  
Murmurando algunas frases  
Hijas de penas amargas.

Y entónces con lento paso  
Emprendía nueva marcha,  
Tal vez, tal vez impulsado  
Por una incierta esperanza!



Así corrieron los días  
Y pasaron las semanas.  
La jóven siempre á la fuente  
Sus pasos encaminaba,

Y siempre hallaba al mancebo  
Que suspiraba al mirarla,  
Cual si en su espíritu hubieran  
Roto su dique las lágrimas.

Pero por fin una tarde,  
Al verle la niña blanca  
Recostado y pensativo  
A la sombra de una acacia,

Le dijo con un acento  
Que hasta el alma penetrara,  
Del que feliz escuchase  
El timbre de su palabra:

—¿Quién eres, doliente esclavo,  
Que junto á la fuente pasas  
Suspirando sin consuelo,  
Cual hijo de la desgracia?

¿Cuál es la pena que sientes  
Que el corazon te desgarras?  
Contesta, que saber quiero  
Tu dolor, tu nombre y patria.

Calló un momento la jóven  
Concluidas estas palabras,  
Esperando del mancebo  
La explicacion inmediata;

Mas él con delicadeza,  
Ántes de llegar á darla,  
Puso en tierra una rodilla,  
Y despues dijo en voz blanda:

—Yo soy Mohamet, y naci  
En el Yemen de la Arabia,  
Y aquí tan solo poseo  
Dolor, tristezas y lágrimas.

Pero, añadió con dulzura,  
Soy de la tribu del Asra:  
Soy de la tribu de aquellos  
Que mueren, sí, cuando—aman!

*P. Ximenez Pozzolo.*

## La góndola misteriosa

(CONTINUACION)

Hay séres que traen impreso en su espíritu el sello de la fatalidad.

A mí me ha tocado ser uno de estos desdichados: enfermos incurables que cruzamos este mundo, viendo en cada sonrisa un pesar y en cada alegría un sufrimiento; por que el faro de maldicion que nos sirve de guía, dá solo destellos de tristeza y amargura.

Y es en vano querer apartar de la senda trazada por el destino, por que todas las resoluciones del ánimo, todos los movimientos de la voluntad, se encuentran sujetos á esa línea fatal, por una determinacion oculta y poderosa, como la que lleva por los invisibles rieles del infinito á esos astros innúmeros cual los misterios que se guardan en los abismos recónditos del alma.

Y así como la mirada no puedo descii-

frar los arcanos del espacio, del mismo modo pasa á los ojos del mundo la ignorada historia de muchos séres.

A mí, que tengo escritos en la memoria con caracteres fijos, todos los accidentes de mi vida; es cosa que me produce lástima ver los errores en que incurre el mundo al querer demostrar el secreto de mi existencia y poner de relieve los hechos que se me atribuyen y en que jamás he soñado.

Toda Venecia afirma, con la decision con que se asevera la existencia de la luz, que yo soy la esposa de un negociante poderosísimo de Génova que partió para América hace unos años, sin que hasta ahora se haya tenido noticia de su suerte.

Se asegura tambien del mismo modo, desde el instante de mi llegada al Lago, que los crímenes horrendos cometidos, se me deben á mi exclusivamente.

La fábula se ha vestido con todos sus ropajes, y por su intermedio se ha tratado de arrebatarme el secreto de mi vida, que la curiosidad del mundo está anhelosa de conocer.

Ah! si yo escribiera los anales de mi vida, y los diera á conocer á toda Venecia, creo que no habria en las ciento veinte y dos islas que forman la ciudad, uno solo que creyera mi palabra.

Se creería que mi historia era una pura invencion, y la invencion que se ha forjado el mundo, seria entonces jurada como la expresion de la verdad.

El mundo es aparente y vano, como las ilusiones y las esperanzas que abriga el pecho; pero es necesario que haya mundo, como es necesario tener ilusiones y esperanzas para vivir.

Mis lábios al referir la historia de mi vida van á decir lo que es el mundo; van á decir quién es la signora de Castello Bianco, y cuál es la suerte que el cielo depara á los que un dia, desoyendo la voz de la providencia, se dejan llevar por las pasiones insanas hasta los más negros abismos de la perversion.

¡Tal vez el relato de mis penas alivie mi desventura! ¡Tal vez mis memorias amargas y sombrías, al ser despertadas por el pensamiento, se levanten embravecidas para acabar de rasgarme el corazon!

Pero ¡la suerte así lo quiere!

Desde que Asawero despidió de la puerta de su tienda á Jesús, diciéndole con

aspereza: „anda, prosigue; anda de mi puerta. No quiero que un malvado descansa en ella,“ y Jesús le contestó: „Yo ando y descansaré: tu andarás y no reposarás nunca. Caminarás mientras el mundo sea mundo, y el juicio sea juicio“, el mercader, dice la Odisea Judáica, se sintió impulsado por una fuerza misteriosa de que no pudo libertarse jamás, y que cada vez que quiere detenerse lo arrastra, sintiendo resonar en sus oídos, como una maldición, estas fatídicas palabras: „anda, prosigue; anda“.

Yo, que como el Judío Errante me siento impulsada por una fuerza desconocida que me obliga á despertar las amargas memorias que tantas veces he creído sofocar en el olvido, he querido desligarme; pero todo ha sido inútil por que no está en la posibilidad humana, hacer acallar la voz de los recuerdos amargos que resuena en la conciencia.

Hay, pues, que apurar el cáliz del dolor; hay que obedecer á la fuerza incontrastable de la fatalidad.

Voy, pues, á empezar mi historia.

Al llegar aquí la dueña de la misteriosa góndola, exhaló un profundo suspiro, y enjugando una lágrima que brilló en su párpado, como una gota de aljófara en el seno de una rosa, hizo una breve pausa, en la que yo no pude convencerme de estar en presencia de un sér mortal, y prosiguió de esta suerte:

(Continuará).

Así . . . . .

Así como la flor que languidece  
Busca el rayo de luz de la mañana,  
La flor abandonada de mi vida  
Busca el rayo de amor de tu mirada.

Miguel F. Rodriguez.

### El poeta

El pasa; la arpa eólia,  
despierta sus cadencias,  
inclinanse las flores  
y un nombre cuchichean.

Las cítaras con álas  
entonan sus endechas,

cual si tornar mirasen  
la gaya primavera.

El astro que dá vida  
se pára y le contempla,  
que él es quien á la altura  
de Dios al hombre eleva.

Si llega bajo un árbol,  
la red hojosa tiembla,  
y lluvia de esmeraldas  
desciende á su cabeza.

De noche el velo de oro  
tejido con estrellas  
la sombra del Eterno  
tras sí le deja verla.

A él todos admiran,  
¿Y quien no se recrea  
en el celeste canto  
de esa ave del poeta?

A. Castro y Barbosa.

Rio Grande, Setiembre de 1885.

### Rima

Vuela la mariposa fascinada  
En torno de la llama,  
Que la atrae con su brillo, y que la abrasa,  
Cuando llega á tocarla.

Yo vago en torno de tu amor, hermosa,  
Y delirante el alma,  
Sabiendo que se quema, siempre anhela  
La luz de tu mirada!

Isaías Ximenez.

### A un amigo

CONSEJO

Miro en tu rostro con visible saña  
Las huellas del insomnio aparecer  
Te quejas y me dices que te engaña  
Y te miente cariño una mujer.

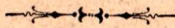
Nada le encuentro que en su bien te arguya  
Es voluble coqueta por placer,  
Y el que tiene una novia cual la tuya  
Un ciego y sordo-mudo debe ser.

Deja á un lado tristezas y desvelos  
Y á ocultas enamora otra mujer;  
Engaña también, y muera á celos  
Quien por celos te tiene á mal traer.

Miente, miente y con reir profundo  
Desempeña tranquilo tu papel:  
La mentira es nobleza en este mundo;  
Es un imbécil quien no miente en él.

*Kara-Koutié.*

Montevideo 1885.



\* \* \*

El ave misteriosa  
que en la gigante selva  
de los ensueños canta  
armónicas endechas;

La flor, cuyo perfume  
hasta los cielos llega,  
y en aspirarlo el mismo  
Eterno se recrea;

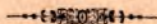
El rio, en cuyo espejo  
brillante se refleja  
la sociedad que pasa  
como una nube inmensa;

La mano que á la virgen  
le muestra la inocencia,  
y al misero que sufre  
el astro que consuela;

La voz que entra en el alma  
cual luz en la tiniebla,  
y mata allí la duda  
que la impiedad despierta;

El arpa vibradora  
en cuyas dulces cuerdas  
el himno santo brota  
del libre, es el poeta.

*A. Castro y Barbosa.*



### El lunar azul

Lo juro por esa luz aliento de la vida  
universal, que si posible fuera hallar so-  
bre un lábio sonrosado el lunar azul, troca-  
ría las dichas todas del paraíso de Mahoma  
por un beso, un solo beso, de esa boca que  
ambiciono besar. En vano he buscado en

mil y mil hermosas, esa celeste sombra, ese  
capricho que anhela mi corazón; ni la casta  
Elvira, cuya mirada profunda como el abis-  
mo, se pierde en el éter en busca del ideal  
del alma, ni la dulce *Ofelia* de alma sencilla  
y virgen corazón; ni Judit, ni Raquel, ni  
Beatriz, ni Laura, ninguna ostenta esa  
eterna ambición de mi felicidad.... Ráudos  
como los vientos de tempestad, tempestuo-  
sos como ellos, han pasado los años; mil  
sueños, mil ilusiones, mil esperanzas, han  
librado hórrida batalla en mi corazón; bajo  
el cálida rayo de sol he visto desvanecerse  
cien veces el dorado castillo de mi felici-  
dad y aun ambiciono é incesante persigo,  
ese lunar azul que existe y que me atrae,  
que es mi esperanza y mi martirio: he visto  
el oro apilarse en mis arcas, he gozado  
del lujo y el descanso, honores y distincio-  
nes, ricos manjares han sido mi pan de ca-  
da día y nunca la dicha única de besar esa  
boca; una boca sonrosada con un lunar  
azul.

En una de esas noches serenas, en que al  
pálido rayo de la luna toman los campos  
un misterioso aspecto, cuya contemplación  
atrae el recuerdo, como la vara metálica la  
electricidad, hallábame cobijado bajo el  
ramaje de un añoso ombú, sentía una ex-  
traña sensación, algo de misterioso notaba  
en mí ser, latíanme las sienes, la fiebre se-  
caba mis labios y poco á poco fué desvan-  
neciéndose mi sentido, como se desvanece  
la ola encrespada en la arenosa orilla. ¿Tiene  
el éxtasis la facultad de realizar la ilusión?  
—No me atreveré á sostenerlo; pero puedo  
afirmar que es capaz de hacer sentir los  
mayores goces y los más terribles dolores.  
—Abstraído de cuanto me rodeaba ví ex-  
tinguirse la luz, densísima tiniebla velaba  
el espacio, ni el más leve rumor alteraba  
el silencio que en torno mío reinaba, cuan-  
do un rumor lejano que cada vez se hacia  
más perceptible, llegó á mi oído: era pri-  
mero semejante al rumor de lejanas olas,  
luego al de las arpas vibrando á la distan-  
cia, después el canto de la voz humana,  
hasta que distintamente una voz armonio-  
sa, dulcísima, suave, conmovió todos mis  
sentidos, todos. Era la hermosa, la delica-  
da Esther, de ojos negros y brillantes co-  
mo el ónix, de cutis sonrosado y transpa-  
rente, de labios suaves y rosados como los  
delicados pétalos de la rosa alejandrina y  
en el superior de aquellos, y de la forma y

grandor del ébano de sus ojos, un lunar, un lunar azul como la luz de Sirio, esa estrella que mil veces y mil invocan los enamorados en las hermosas noches del estío, como testigo de su amor eterno, inmortal, sublime . . . .

Aroma de violetas, fragancia de nardos, jazmines y heliotropos respiraba el ambiente, sensación inmensa de felicidad me embargaba, y Esther, la delicada Esther, reclinando su frente en mis brazos, me decía: «La felicidad es como la gloria y el amor niebla que deshace el vendabal bravío, sombra deliciosa que desvanece el sol; los castos besos del doncel enamorado, fuego que aniquila, y la dulce paz frío que hiela el corazón; felicidad y vida son términos antagónicos, la muerte es la suprema felicidad!» Sentí una conmoción de inmensa dicha al roce de sus lábios en los míos y desde entonces hay en mi sér una aspiración que me devora.

Cuando volví en mí ya el sol doraba las cumbres de los montes de mi patria.

*Fausto.*

Montevideo 1885.

### Carta

Querido Véeitas :

He leído con sorpresa tu censora misiva, y al terminarla, no hé podido ménos que exclamar parodiando al poeta: *lástima grande que no sea verdad tanta mentira.*

Tú, mi querido Véeitas, con tono jactancioso y marcada petulancia, sostienes que el poeta es un engendro del oscurantismo y por consiguiente una rémora del progreso, sin pensar quizá, que es algo ridículo y pretencioso en demasía, que el milano quiera cernerse en las regiones más elevadas y puras del cielo, donde solo puede remontar su vuelo el águila, que con soberbia se proclama la reina del espacio.

Eres un petimetre que en la edad de la adolescencia, te atreves á formular con énfasis un rotundo *Ecce—homo.*

Tu espíritu en estado de crisálida, se créa mariposa y pretende volar, y al ver frustrados sus deseos, prorrumpe en gritos de desesperación y de reconcentrada ira.

Gritos del espíritu cobarde que se ahoga en el vacío de su misma impotencia.

Crées apretar entre tus dedos la pluma de un Juvenal, y no adviertes que es una simple pluma del ave de Juno, mojada en el zumo de la adormidera.

Para poder ejercer el oficio de crítico, es necesario que te quemes un poco las pestañas, que te asimiles un caudal de conocimientos, que leas á Aristarco, el modelo del crítico ilustrado, que con severidad y maestría hizo la crítica de los dos poemas inmortales de Homero; y los demás críticos de la antigüedad; que leas á los críticos modernos, tomando por modelo á Larra ó á Valera.

Si quieres manejar la sátira, lee á Horacio, muchas veces injusto, pero lleno de natural gracejo;—á Juvenal, satírico ilustrado pero muchas veces mordaz y virulento; á Boileau, á Voltaire y tantos otros.

Comienzas diciendo que la poesía es puro sueño y pura música.

Si fuera así, dichoso de tí si pudieras vivir soñando y escuchando esa música.

Dices además que el poeta, es buho, que vive aleteando en el mundo ficticio de la imaginación.

El poeta es buho porque se te ha dado la real gana de clasificarlo así, podías también haberle clasificado gratuitamente, de murciélago.

Si hubieras dicho que el poeta es alondra que necesita luz y espacio inmenso para agitar sus alas y cantar, te lo hubiera admitido, por ser más apropiada la metáfora, por aproximarse más á la verdad.

¿Ignoras acaso que el poeta es el apóstol de la idea, el sacerdote del sentimiento?

¿Ignoras que su misión es la más noble y augusta, que en sus estrofas se hallan encarnados los sentimientos más sublimes, las ideas más levantadas y todos los hechos gloriosos del pasado, y que es él quien augura al son de su armoniosa lira, y en estrofas llenas de fé y entusiasmo, una nueva aurora de bonanza y de gloria para el porvenir; que es él quien profetiza nuevos días de regeneración?

Tú dices, con marcada ironía, que la poesía no es más que un sonajero para entretener á los chiquillos,—parodiando á Horacio que en un momento de buen humor se le antojó decir que *la poesía es una sonora bagatela.*

Horacio, como ningún sér viviente, habrá gozado de la infalibilidad; y por con-

siguiente pudo decir un desatino, único calificativo que merece su dicho.

¿Eres tú también de los que argumentan exclamando: *magister dixit?*

Por uno que tú me cites que haya deprimido la poesía, te podría citar cien que la han colocado en su verdadero pedestal de gloria.

Básteme citar á Homero, que dijo que *la poesía es el lenguaje de los Dioses.*

Sí, amigo Veritas, la poesía es el modo de manifestación más sublime del pensamiento humano, y creo que jamás se inventará otro que lo pueda expresar mejor ni con tanta belleza.

Vé al poeta en el Génesis explicando la formación del mundo y las evoluciones de la materia; en la Iliada y la Odisea cantando las glorias de la Grecia; en la Eneida eternizando la magnificencia de la pujante é invencible Roma; en la Divina Comedia y en la Jerusalén Libertada cantando las conquistas del cristianismo; y tantas otras obras monumentales que se conservan como joyas preciadas, en el sagrario del templo de las letras.

Tú no eres sino un mal prosador que quiere conquistar renombre, atacando con saña al poeta.

Entre un mal prosador y un mal rima-dor, prefiero al último; porque ámbos serán chirles, pero tan siquiera el último halaga-al oído con la cadencia del verso, ya que no con la profundidad del pensamiento.

Concluyo repitiéndote con Sócrates: *Nosoe te ipsum.*

Te saluda tu verdadero amigo.

*Manrique.*

Montevideo, Octubre 5 de 1885.

### Ausencias

Cuando la dulce  
brisa de estío,  
plácida viene  
de allá, del Sur,  
donde se aduerme  
sin murmurio,  
temblante oleaje  
del mar azul,

¿no has escuchado,  
como un suspiro  
un eco triste,  
como el pesar,  
que lo arrebató  
confuso giro  
que entre los pliegues  
del aire va?

Pues esa nota,  
vaga y perdida,  
que hasta tu pecho  
pudo llegar,  
es la querrela  
de un alma herida  
por una pena  
cruel y fatal.

Es el arranque  
precipitado  
que en el martirio  
del corazón,  
exhala el pecho  
desesperado  
en las ausencias  
del dulce amor.

*Zenemix.*

### Hielo y fuego

La hallé una noche venturosa y pura  
En que brillaban mucho las estrellas,  
En la noche feliz é inolvidable  
En que al amor se abrió mi corazón.  
Al verla delirante y confundido  
Me dije, sin saber lo que decía:  
Debe tener el corazón de hielo  
Si no acude al reclamo de mi amor.

La ví después otra serena noche,  
Y al buscar el fulgor de sus pupilas,  
Para ahuyentar las dudas de mi pecho,  
Sentí con fuerza el corazón latir,  
Y un placer inefable y misterioso  
Iluminó de pronto el alma mía,  
Y dije, arrebatado, enloquecido:  
Debe tener el corazón de fuego  
Cuando me abrasa su mirada así!

*Poder.*

*Tipografía Oriental, calle 33 núm. 112.*